

La primera guerra carlista a través de la mirada de Larra y Galdós¹

M.^a de los Ángeles AYALA

Universidad de Alicante. Grupo de Estudios Galdosianos (GREGAL)

Es indudable, tras la inabarcable bibliografía existente sobre ambos autores, que tanto Larra como Galdós se definen, esencialmente, por la lúcida reflexión que sobre la España de su tiempo llevaron a cabo. España y los españoles son el objetivo único de los artículos costumbristas de Larra y de las novelas galdosianas. Es el amor que sienten por su patria lo que les sirve de acicate para estudiar y denunciar aquellos aspectos de la sociedad y de sus propios contemporáneos que limitan y obstaculizan el avance del liberalismo y el progreso en aquella convulsa España del siglo XIX. Tanto uno como otro fijarán su pluma en un acontecimiento histórico de tanta trascendencia como es el inicio de las guerras carlistas. Larra, a través de ocho artículos, y Galdós, especialmente en los episodios nacionales de la segunda y tercera serie, darán cuenta de la contienda que se extiende desde 1833 hasta 1840 y que constituye la primera de las tres insurrecciones carlistas. Es evidente también que el tiempo en el que escribe Larra y Galdós no es el mismo. Larra, como periodista, habla de los acontecimientos que se están produciendo en ese mismo momento. Galdós, a la altura de las últimas décadas de siglo, los observa con una mirada más sosegada, asumiendo su función de historiador de unos acontecimientos no presenciados por él mismo y ocurridos tiempo atrás. De ahí que el objetivo de Larra sea denunciar, advertir, poner sobre aviso a los lectores coetáneos sobre las aviesas consecuencias de las pretensiones de un grupo de españoles que, en nombre de D. Carlos, pretenden perpetuar el más rancio absolutismo. Galdós, como historiador, persigue una intención didáctica, que el pasado ilumine el presente para que los errores no vuelvan a repetirse.

Larra recurre a la sátira, una sátira cruel, a la caricatura deformadora en los ocho artículos dedicados al carlismo, buscando ridiculizar, zaherir al Preten-

1. Este trabajo se inscribe en los proyectos de investigación Romanticismo Español e Hispanoamericano: Concomitancias, Influencias, Polémicas y Difusión (FFI2011-26137) y Edición y Estudios Críticos de la Obra Literaria de Benito Pérez Galdós (FFI2013-40766-P) financiados por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

diente y sus seguidores.² Larra parece comprender, casi de forma inmediata, que no se trata solo de hacer valer los derechos dinásticos de Isabel II frente a los de D. Carlos, sino que lo que está en juego es el destino de España, una España donde reine el despotismo más radical o la España de las tímidas reformas liberales auspiciadas por la regente María Cristina. Ante el peligro de la involución política, Larra utiliza su humor corrosivo para contagiar sus ideas a los lectores. El propio Larra confiesa en un artículo no publicado en vida del autor, *Figaro en Lisboa. Adiós a la patria* (Kenennth, 1953), la imposibilidad de escribir sobre las costumbres españolas cuando la guerra civil ensangrienta la patria. Así, señalará que al autoproclamarse D. Carlos rey de España (manifiesto de Abrantes, 1 de octubre de 1833) la patria vivió un momento de crisis y de evidente peligro en el que los españoles se jugaban su futuro:

[...] un momento en el que podía haber triunfado, si su jefe hubiera sido un hombre, al mismo tiempo que jefe; en aquel momento una de las primeras voces que se oyeron fue la de *Figaro*, y bien o mal, como pudo se aplicó a poner en ridículo al partido renaciente, la fantasma absolutista: a este punto se había convertido entonces todo el compromiso, todo el peligro, ahí se puso *Figaro* por consiguiente y arrojó el compromiso y el peligro, despreciando el partido de las insurrecciones (1960, IV: 337).

A partir de octubre de 1833 Larra comienza a colaborar en la prestigiosa *Revista Española*, dando a la luz una serie de artículos cuyo objetivo es combatir con su pluma al Pretendiente y a sus seguidores. Los dos primeros, *Nadie pase sin hablar al portero o los viajeros en Vitoria*, 18 de octubre de 1833, y *El hombre menguado o el carlista en la proclamación*, 27 de octubre de 1833, aluden, precisamente, a estos primeros instantes de la sublevación carlista, donde la religión y la defensa de los privilegios forales serán factores determinantes para que la insurrección carlista arraigue en las zonas donde mayor era la influencia del clero y donde habían gozado de los mencionados privilegios.³ Larra, con su agudo humor, desenmascara en el primero de ellos la participación de los sectores del clero más tradicionalista en la causa carlista. *Nadie pase sin hablar al portero* no puede ser más demoledor, evidenciando que el pillaje, el hurto, la ignorancia, la religiosidad ultramontana y las posiciones políticas más conservadoras se aúnan en este sector que ensombrece con su sublevación la vida española. Larra observa ya en este primer artículo el carácter de cruzada que toma el carlismo, cuando señala que 1833 es para los insurrectos el primer año de la cristiandad.

2. No son excesivamente numerosos los artículos dedicados a este conjunto de artículos. Los trabajos más amplios corresponde a Armiño (1973: 130-139), Ayala (2009: 31-36) y Torres Nebrera (2009: 23-30). Referencias parciales a estos artículos, dado el tema que desarrollan, las encontramos en Mazade (1979: 239-263), Varela (1979: 277-295) y Lorenzo-Rivero (1977: 145-163 y 165-195).

3. Saval (2008) y Fanconi (2009) insisten en el rechazo por parte de Larra a las clases populares campesinas, esas en las que se apoyan, precisamente, los clérigos más acérrimos defensores del carlismo.

En *El hombre menguado o el carlista en su proclamación*, 27 de octubre de 1833, y *La planta nueva o el faccioso. Artículo de historia natural*, 10 de noviembre del mismo año, Larra insiste desde las páginas de la *Revista Española* en la ridiculización de la facción carlista, ofreciendo un retrato esperpéntico de sus componentes, hombres aferrados al pasado que, dada su ignorancia y cerrazón mental, pierden lo más distintivo del ser humano: su capacidad de razonar, de ahí su descripción del *hombre menguado*, en el primero y la caricaturización del carlista como *hombre-planta* en el segundo. Recordemos, al menos, una frase de la conocida descripción del *hombre menguado*: «[...] la cabeza chica y achatada por delante y por detrás, más a guisa de plato que de cabeza, podría caber en ella, todo lo más, una idea, y esa no muy grande» (1960, II: 301). Larra nos ofrece en este artículo el retrato de un hombre plantado en la esquina de la calle, varado en un pasado histórico al que le conduce su propia ignorancia, su nula capacidad de reflexión. En *La planta nueva o el faccioso* Larra extrema los rasgos caricaturescos y denigra a los partidarios de D. Carlos al asimilarlos al reino vegetal, así emulando a su admirado Quevedo, ofrece el siguiente retrato:

El faccioso echa también, a manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno a cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas de una espiga; presenta faz y rostro, y al verlo cualquiera diría que tiene ojos en la cara, pero sería grave error; distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotados de *sinrazón*» (1960, II: 305).

El humor no obscurece la durísima censura que Larra dirige a los carlistas, a los que acusa de estar movidos por sus propios intereses: el afán de mantener los viejos privilegios de la Iglesia, en el caso de los religiosos, y el interés económico, motor de las acciones bélicas que protagonizan sus seguidores.

Larra dirige también su mordaz sátira contra los insurrectos agazapados en Portugal, esperando que la revuelta fructifique en *La Junta de Castel-o-Branco*, 19 de noviembre de 1833. En este artículo *Figaro* ironiza sobre el número de seguidores de D. Carlos al describir la indecible alegría que los integrantes de la *Junta suprema del gobierno de todas las Españas, con más sus Indias* experimentan con la llegada a tierras portuguesas de un pobre labriego castellano al que convierten a la fuerza en vasallo de su Majestad Imperial. La descripción de los decretos aprobados por la Junta pone de relieve las notas más destacadas del rancio absolutismo que caracteriza a esta facción política, pues en ellos se aprueba la eliminación de las mejoras y adelantos alcanzados en los últimos tiempos, se prohíbe *iluminar*, término empleado por Larra en su acepción de ilustrar, de hacer conocer la verdad, y se decreta el cierre de las escuelas, «debiendo olvidar cada vecino en el término improrrogable de tres días, contados desde la fecha, lo poco o mucho que supiese» (1960, II: 310). Se denuncia, igualmente, la cobardía de D. Carlos y sus seguidores que esperan, sin dar la cara en la batalla, en Portugal. Con no poca sorna y habilidad, Larra cierra este artículo situando al mismo nivel a los carlistas y forajidos, haciendo que la junta se interrumpa con la

llegada de diecinueve robustos contrabandistas que ahuyentan a los medrosos y escasos seguidores de Pretendiente.

Entre diciembre de 1833 y junio de 1834 Larra dedica tres artículos más a D. Carlos y sus seguidores en los que mantiene el tono sarcástico y burlón de los artículos anteriores. No obstante *Figaro* parece albergar la firme convicción de que el movimiento contrarrevolucionario está destinado al fracaso, alentado en buena medida por las recientes victorias del bando cristino sobre el carlista y por el hecho de que D. Carlos permanezca en Portugal desde marzo de 1834 sin atreverse a ponerse al frente de los insurrectos y, posteriormente, en mayo, fijar su residencia en Gran Bretaña. Así, en *El fin de fiesta*, 4 de diciembre de 1833, recurre para indicar la brevedad de la insurrección a la reproducción un sueño en donde los facciosos, a modo de fantasmas, aparecen y desaparecen imbuidos por la niebla, no sin antes participar en una ceremonia propia de la época medieval. Larra recrea la conocida y humorística escena cervantina en la que D. Quijote es nombrado caballero por alguien que no tenía poder para ello. Larra, para que al lector no le queden dudas sobre el comportamiento violento de los carlistas, señala los cometidos que tiene asignado el recién armado *caballero faccioso*:

Con ella [la espada] cortaréis cristianamente hasta la quinta generación, los miembros todos de aquellos que pilléis desbandados y que no reconozcan al gran don Carlos V, y aun en caso de apuro, a los que le reconozcan. Este bastón —añadió, dándole el suyo propio, con las iniciales A. S. en el puño, que debían querer decir *a saltar*—, os servirá de mandar a palos. Dióle entonces un bofetón, en insignia y representación de los muchos que lleva diariamente la causa, y díjole —Dios haga a Vuestra Rebeldía muy buen faccioso y le dé ventura y aventuras (1960, IV: 314).

La Junta se apresura a disolverse, pues las tropas de la Reina, capitaneadas por el valeroso Pedro Sarsfield, se aproximan, de manera que el Presidente de la misma alienta a sus seguidores a hacer lo mismo que Carlos V: huir, refugiarse donde no los alcancen esos enemigos que quieren «que haya libertad de pensar y de obrar» (1960, II: 314).

Los dos últimos artículos que cierran los escritos de Larra sobre el carlismo, *¿Qué hace en Portugal su Majestad?*, 18 de abril de 1834, y *El último adiós. Y nosotros ¿nos morimos, o qué hacemos?*, 2 de junio del mismo año, se centran, esencialmente, en la figura de Carlos María Isidro de Borbón. La deformación caricaturesca a que se somete al Pretendiente raya en lo cruel, pues *Figaro* lo retrata como un sujeto sin cometido, sin criterio, sin voluntad propia. Un hombre que se mueve a merced de los consejos de quienes le rodean, como sería el caso de Joaquín Abarca, personaje sobre el que también dirige sus dardos críticos.⁴ Car-

4. Joaquín Abarca, conocido vulgarmente en su época como *el obispo de León* fue consejero de D. Carlos durante la primera guerra carlista. Le acompañó en su exilio a Portugal y en su posterior viaje a Inglaterra. Larra juega humorísticamente con su apellido en *¿Qué hace S. Majestad en Portugal?*, cuando Carlos V, que

los V se caracteriza, según Larra, por su gran ingenuidad y su escasa inteligencia, un hombre que se niega a aceptar una sucesión real del agrado de la mayoría de los españoles y espera que con el paso del tiempo esta situación varíe. Larra con no poca sorna y mordacidad se pregunta qué hace en Portugal *su M. S. (de que Dios nos aguarde)*:

—¡Hola! —me preguntarán mis lectores—, hace algo su S. M.? ¿No ha de hacer? *Hace* castillos en el aire; *hace* tiempo, *hace* que *hace*, *hace* ganas de reinar, *hace* la digestión, *hace* antesala en Portugal, *hace* oídos de mercader, *hace* cólera, *hace* reír, *hace* fiasco, *hace* plantones, *hace* mal papel, *hace* ascos a las balas, *hace* gestos, *hace* oraciones, *se hace* cruces... ¿*Hace* o no *hace*? Es el hombre más activo: siempre está haciendo algo (1960, II: 375).

La cruel caricatura de Carlos V culmina en *El último adiós*, artículo inspirado en los acontecimientos políticos y diplomáticos derivados de la firma del tratado internacional denominado la Cuádruple Alianza (22 de abril de 1834) por el que Gran Bretaña, Francia, España y Portugal se comprometían a la defensa común de los modelos liberales que representaban sus respectivos gobiernos y del tratado de Evora-Monte (26 de mayo del mismo año) con el que el general Rodil, amparándose en el tratado anterior, forzó tanto a Miguel I de Portugal como a Carlos María Isidro de Borbón a dejar Portugal. El nuevo retrato de Carlos V que nos ofrece Larra no puede ser más demoledor, pues este se muestra incapaz de asimilar que la mayoría de los españoles prefieran un régimen político que garantice sus derechos individuales frente al absolutismo católico que él representa, hecho que se patentiza en la supuesta conversación que mantiene con su ministro Abarca:

[...] Pero ¿por qué no había de ser mía esa España tan hermosa, tan grande...? ¿Tan malo es ser rey de España, Abarca? Esto me aburre, me aburre. ¿Qué he hecho yo sino quererla para mí? ¡Ni por bien ni por mal! En fin, yo he hecho perfectamente mi papel hasta lo último; no quiere ser feliz, no quiere Inquisición; no quiere... ¡Allá se lo haya: ella se lo pierde» (1960, II: 404).

A partir de esta última fecha *Figaro* no volverá a ocuparse del carlismo en sus artículos, convencido probablemente de que el carlismo ya no representaba un auténtico peligro. Ahora su pluma se dirigirá hacia aquellos políticos que con su moderación obstaculizan o ralentizan el triunfo del liberalismo y la democratización de la sociedad española.

no sabe en qué ocupar el día, llama a su consejero: «Amaneció aquel día, y ya desde tempranito había hecho todo lo que llevamos dicho; no sabiendo más que hacer, *hizo* llamar a Joaquín. Ustedes saben quién es Joaquín: el mismo que el señor Abarca. No Sancho Abarca; no aquel *abarca* por quien se dice que *quien mucho abarca, poco aprieta*, porque este, ni *abarca* mucho, ni *aprieta* poco; sino Abarca el Joaquín: en una palabra, Joaquín Abarca» (1969, II: 375).

Galdós,⁵ como Larra, también nos ofrece un significativo y poco benevolente retrato del Pretendiente y de sus seguidores, pues en los dos últimos episodios de la segunda serie, *Los apostólicos* y *Un faccioso más y algunos frailes menos* recrea el ambiente de conspiración que se vive en Madrid desde el 11 de diciembre de 1829, día en que la nueva reina María Cristina hace su solemne entrada en la villa y corte, hasta narrar los hechos desencadenados tras la muerte de Fernando VII el 29 de septiembre de 1833,⁶ dedicando especial atención a las intrigas cortesanas acaecidas en La Granja —capítulos xxxi, xxxii, xxxiii y xxxiv de *Los apostólicos*—, en el instante en que Fernando VII, apenas sin aliento, deroga la pragmática sanción que aseguraba el trono a su hija Isabel. Se trata, tal como ha señalado E. Penas, de unos capítulos excelentes, en los «que el escritor canario consigue plasmar el ambiente tenso, las reuniones de las camarillas de D. Carlos, la atmósfera irrespirable que oprime a la reina Cristina y la laboriosidad en tal trance del apostólico Carlomarde» (2011: LXV). Este enrarecido escenario es el elegido por Galdós para presentar a don Carlos, un hombre apesadumbrado ante el inminente fallecimiento de su hermano Fernando, pero convencido de que el trono y destino de España le pertenecen. El narrador, no obstante, advierte sobre la incapacidad y escaso talento del Pretendiente:

Y la de España dependía entonces de aquel hombre, extraordinariamente pequeño para colocado en las alturas de la Monarquía. Tenía todas las cualidades de un buen padre de familia y de un honrado vecino de cualquier villa o aldea, pero ni una sola de las que son necesarias para el oficio de Rey verdadero. Siendo, como era, Rey de pretensiones, y, por lo tanto, batallador, su nulidad se manifestaba más, y no hubo momento de su vida, desde que empezó la reclamación armada de sus derechos, en que aquella nulidad no saliese a relucir, ya en lo político, ya en lo marcial. Era un genio negativo, o, hablando familiarmente, no valía para maldita de Dios la cosa (2011: 834).

Galdós continúa describiendo su fisonomía: «Un hombre frío de rostro, de mirar, de palabra, de afectos y deseos, como no fuera el vehemente prurito de reinar» (2011: 834). Su mirada turbia y sin brillo refleja un carácter pasivo, «cuyo destino era ser juguete de los acontecimientos» (2011: 634). Galdós destaca desde el primer momento el convencimiento del Pretendiente de que su derecho a reinar emanaba directamente del cielo. Estamos ante la pintura de un rey mesiánico,

5. Galdós en la segunda serie, en el capítulo VI de *Los apostólicos* da entrada a la figura de Larra en su entramado novelesco. Posteriormente, en los episodios correspondientes a la tercera serie, reaparece en *Mendizábal*, *De Oñate a La Granja* y *La estafeta romántica*. Véanse entre otras, las siguientes interpretaciones que los críticos han formulado sobre la presencia de Larra en los *Episodios nacionales* Benítez (1983), Varela (1983), Palomo (2005), Navarro Domínguez (2006) y Cosano Laguna (2011). Sobre la influencia de Larra en Galdós véase García Pinacho (2000) y Lorenzo-Rivero (1984).

6. Recordemos que, tal como relata Galdós, los jesuitas fueron acusados de provocar la epidemia de cólera que asoló Madrid en el verano de 1834 por el apoyo explícito que la Compañía de Jesús había prestado a la causa carlista, lo que provocaría una revuelta popular contra los integrantes de la misma.

pues es Dios mismo el que le exige que asuma su papel para frenar los desmanes y el alejamiento de parte de su pueblo de la fe verdadera, así en estos cruciales momentos, cuando Fernando VII se debate entre la vida y la muerte, reiterará la expresión de tales ideas: «Mis derechos son claros y vienen de Dios; no necesitan más que su propia fuerza divina para triunfar, y aquí están de más las espadas y las bayonetas. Yo no conquisto, tomo lo mío de manos del Altísimo, que me lo ha de dar» (2011: 835). D. Carlos aparece como un pretendiente al trono de España sin ideas políticas, guiado solo por su fe, por la idea de que su condenación eterna era un hecho fehaciente si faltase a lo que Dios le exigía, de ahí que con no poca ironía el narrador subraye que era «una especie de cruzado de la Tierra Santa de sus derechos. Según él Dios estaba profundamente interesado en aquel negocio; no se sabe lo que habría pasado en los reinos celestiales, si al buen Infante, le da la mala tentación de dejar reinar a *Isabelita*» (2011: 840).

En estos dos episodios Galdós describe las reuniones y tertulias donde personajes históricos y de ficción discuten, planean y alientan sus planes políticos. Desde tertulias donde se pretende que reine el justo medio, la de Genara, a la que asisten tanto poetas jóvenes como políticos de todos los bandos —*Los apóstólicos*— y Javier de Burgos, Martínez de la Rosa, Narváez y Luis Fernández de Córdoba, entre otros, en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, a las masónicas celebradas en el Café de San Sebastián, a las que acude Monsalud y donde encontramos a Eugenio de Avinareta como promotor e instigador principal.⁷ Recordemos igualmente la atención prestada por Galdós a las significativas tertulias protagonizadas por algunos los miembros más destacados del bando carlino, reuniones celebradas en casa de las hermanas Porreño⁸ o en la de don Felicísimo Carnicero, donde se confabulan contra Fernando VII y su hija Isabel el conde de Negri,⁹ Elías Orejón,¹⁰ Rafael Maroto¹¹ y el obispo de León, D. Joa-

7. Eugenio de Avinareta (1792-1872) fue un político liberal. Destacó muy joven en su lucha contra Napoleón. Ingresó en estos años en la masonería, apoyando a los liberales exiliados en Francia. Se vio envuelto en casi todas las intrigas contra los moderados durante el reinado de Isabel II, oponiéndose a cualquier atisbo de vuelta al absolutismo. Se mostró especialmente contrario al Estatuto Real de Martínez de la Rosa y apoyó el fin de la regencia de María Cristina. Contaba con la amistad de Espartero, el general Palafox, Mendizábal y Olózoga.

8. Recordemos que estas figuras femeninas ya habían protagonizado una novela anterior, *La Fontana de Oro* Véase Gimeno Casalduero (1982).

9. Ignacio de Negri y Mendizábal, conde de Negri, fue militar. Combatió contra el ejército de Napoleón en la Guerra de la Independencia, alcanzando en 1819 el grado de teniente coronel. En 1826 fue destinado al servicio del infante don Carlos, convirtiéndose en unos de los primeros organizadores de la causa carlista. A mediados de 1838 dirigió una expedición a Castilla que fue aniquilada en el Puerto de la Brújula el 27 de abril del mismo año. Tras la firma del Convenio de Vergara quiso rehacer el ejército carlista para emprender una segunda guerra, pero no obtuvo éxito. Acompañó a don Carlos en su exilio a Francia y después entró al servicio del conde de Montemolín, Carlos Luis de Borbón, pretendiente con el nombre de Carlos VI y que iniciaría en 1847 la Segunda Guerra Carlista.

10. Personaje creado por Galdós que aparece en *El 7 de julio*, *Los apóstólicos* y *Un faccioso más* encarnando al absolutismo más fanático e irracional.

11. Rafael Maroto, general español que intervino en las campañas emprendidas por Godoy y, posteriormente en la Guerra de la Independencia. Trasladado a Perú, luchó en la guerra contra los independentistas

quín Abarca. Galdós crea la ambientación y el clima adecuados para poner de manifiesto la irracionalidad, la locura y la destrucción a que conduce el apego a las formas más radicales del fanatismo religioso y la involución política hacia el más deleznable absolutismo. Las descripciones de las casas o salas de estos conspiradores se ofrecen al lector con suma meticulosidad. Galdós se recrea en reflejar y simbolizar en ella las notas más oscuras de sus moradores o visitantes. Recordemos, por ejemplo, la descripción de la habitación de Carlos Navarro,¹² el furibundo carlista que se instala en una de los dormitorios de la casa de doña María de la Paz Porreño, una casa inalterable al paso del tiempo, a los cambios de la sociedad, convertida en uno de los «mejores museos de fósiles que por entonces existían en España» (2011: 881). Para subrayar su apego al pasado, al más rancio absolutismo, de las dos ancianas, el irónico narrador señala como novedad destacable en aquel recinto que «el reloj había vuelto a andar; mas por malicia del relojero o por un misterio mecánico imposible de penetrar, andaba para atrás, y así después de las doce daba las once, luego las diez y así sucesivamente» (2011: 882). La habitación que ocupa Carlos Navarro se describe de la siguiente guisa para caracterizar a este faccioso:

[...] más que gabinete parece capilla, o mejor un abreviado trasunto de la corte celestial, pues todo en ella eran santicos pintados y de bultos, reliquias, estampas de santuarios y monasterios, corazones bordados, palmitos, y un altar completo con sus candeleros de estaño, sus arañas colgadas del techo, sus misales y sus tres curitas de cartón con casullas de papel, en actitud de celebrar misa cantada. Completaban la decoración una enorme espada pendiente del mismo clave a que sostenía un Niño Jesús bordado en cañamazo, dos escopetas arrimadas a un rincón, dos guantes y dos mascarillas de esgrima junto a dos pares de floretes (2011: 884).

Religión y armas, unidas a la decrepitud física y enfermedad de sus moradores, se convierten en símbolo del aciago absolutismo. Galdós parece tener en cuenta a Larra, pues como él describe a los carlistas como hombres apegados al pasado, incapaces de razonar y asumir los nuevos ideales liberales que se han abierto camino en Europa. De ahí, sus retratos de las hermanas Porreño y de Carlos Navarro, cuya locura irá creciendo a lo largo del episodio. Galdós, como Larra en *El hombre menguado* y *La planta nueva*, ofrece un caricaturesco y significativo retrato de los carlistas en la descripción de D. Felicísimo, pues asimila a este personaje también a una de las ramas de las ciencias naturales, a la paleon-

chilenos. En España participó en la primera guerra carlista y fue uno de los firmantes junto con el general liberal Espartero del Convenio de Vergara que puso fin a la guerra civil entre carlistas e isabelinos, con la victoria de estos últimos.

12. Llamamos la atención, tal como señaló Gimeno Casalduero (1982: 62), sobre lo significativo del nombre elegido para este personaje. Un nombre que concuerda con el del Pretendiente y cuyo apellido alude a una de las zonas más fieles a D. Carlos. Su apodo, *Garrote*, indica además la crueldad que le caracteriza.

tología, «porque sus facciones habían tomado desde muy atrás un acartonamiento o petrificación que le ponía, sin que él lo sospechara, en los dominios de la paleontología» (2011: 733). La falta de inteligencia, la irracionalidad de la causa carlina, se subraya con esa *apariencia de hombre fósil* del personaje, continuando su ridiculización al dar cuenta del efecto que causaba en los demás el rasgo que destaca en su rostro, una nariz singularmente chata:

Todo el que por primera vez contemplaba al señor Felicísimo, suponía que su rostro había sido hecho de barro o pasta muy blanda, y que en el momento en que el artista le daba la última mano, la máscara se deslizó al suelo, cayendo de golpe boca abajo, con lo que aplastada la nariz y toda la región propiamente facial, resultó una superficie plana desde la raíz del cabello hasta la barba. El espectador suponía también que el artista, viendo cómo había quedado su obra, la encontró graciosa y echándose a reír la dejó en tal manera (2011: 733).

En casa de este singular personaje se congregan, tal como hemos señalado, los principales insidiosos contra la futura reina, acudiendo amparados por la obscuridad de la noche para conspirar. Tal como ha apuntado la crítica (Gimeno Casalduero, 1982; Fanconi, 2009) Galdós juega con los términos luz-obscuridad en estas páginas como símbolo y reflejo de cómo estos españoles partidarios de D. Carlos van cegando poco a poco la luz del progreso en España. Ahondando en esta interpretación, habría que señalar que, con no poca mordacidad, Galdós opone los verbos obscurecer e iluminar en el mismo sentido que Larra en *La Junta de Castel-o-Branco*, en su acepción de ilustrar, hacer conocer la verdad, pues la lámpara que ilumina la sala de reunión disminuye gradualmente la brillantez de su luz, crea sombras fantasmagóricas y otorga a los conspiradores tintes diabólicos, hasta languidecer por completo coincidiendo con la expresión de los objetivos o deseos de los apostólicos carlistas, pues estos sostienen que el país está «anhelante de verse gobernado por un príncipe real y verdaderamente absoluto, que no transija con los masones, que no admita principios revolucionarios, que cierre la puerta a las novedades, que se apoye en el clero, que dé preeminencias al clero, que atienda al clero, que mime al clero» (2011: 750).

Cuando Galdós comienza en 1898 la tercera serie de sus *Episodios nacionales* acomete la novelización de los principales sucesos desencadenados durante la primera guerra carlista. El inicio de *Zumalacárregui*, el episodio inaugural de esta serie, anuncia claramente el propósito que anima la pluma galdosiana: denunciar la violencia, la locura, el desquiciamiento moral de la sociedad envuelta en una guerra fratricida. Recordemos que la acción se inicia cuando se va a proceder a la ejecución del alcalde de Miranda de Arga por orden expresa de Zumalacárregui, pues este había avisado a las tropas cristinas sobre su presencia en aquellas tierras. El cura Fago va a confesar al reo y descubre que se trata de don Adrián Ulibarri, el padre de Saloma, la joven que él sedujo tiempo atrás cuando era seglar. De esta forma el confesor se convierte en penitente al dar cuenta de

su malvada acción y el reo terminará absolviendo al violento y desequilibrado cura. Galdós pretende hacer reflexionar a sus lectores sobre unos sucesos sangrientos que no debían volver a repetirse en la historia de España. La violenta lucha encarnizada de unos españoles contra otros se manifiesta desde el principio al fin del episodio, pues el relato comienza con la ejecución de un enemigo político, el cristino Ulibarri, y concluye con la muerte simultánea de Zumalacárregui y de José Fago.¹³ Galdós, como ha afirmado la crítica (Penas, 2013: 41-42), no pretende ofrecer una estricta biografía de Zumalacárregui, Mendizábal o de El tigre del Maestrazgo, aunque estos personajes históricos den título a alguno de estos episodios de la tercera serie, sino recrear el clima de locura, el enrarecido ambiente que se respiraba en aquellos años, de ahí que a pesar de su ideología, tan contraria a la del carlismo, no dude, sin omitir la violencia con que desempeñaron algunas de sus acciones bélicas,¹⁴ en resaltar las excelentes cualidades que como estrategas poseían los principales militares carlistas, especialmente, Cabrera y Zumalacárregui. Galdós se complace en contrastar la pequeñez, la insignificancia del Pretendiente con el retrato de unos españoles valerosos que, como Zumalacárregui, se mueven persiguiendo los ideales de la causa carlista (Hinterhäuser, 1963: 180). Para Galdós, Zumalacárregui y los demás generales carlistas que se mantienen fieles a sus ideas representan una realidad de la sociedad española, ese sector de la población defensor a ultranza del absolutismo. Una parte de la población que se mantendrá firme en sus convicciones y que dará lugar a las dos posteriores guerras carlistas. Galdós al reflexionar sobre esta confrontación armada, haciendo gala de una clara neutralidad, valora a esos personajes históricos que actúan con valentía en el campo de batalla y con dignidad en la vida diaria. Hombres fieles, leales en la defensa de unos ideales, de ahí que al principio del primer episodio de la tercera serie pueda llegar a pronunciar las siguientes palabras: «¡Zumalacárregui, página bella y triste! España la hace suya, así por su hermosura, como por su tristeza» (1970: 331).

Galdós no duda en subrayar la buena fe de unos hombres valerosos embaucados en una lucha propiciada por unos irresponsables políticos, pues si bien los

13. Recordemos que en la novela se produce una identificación de José Fago con Zumalacárregui, es decir el cura Fago se convierte en un doble del propio general (Gómez Baquero, 1898: 177; Avalle-Arce, 1970-1971: 367; Arencibia, 1990: 26; Cardona, 2004: 43; Serrano Asenjo, 2013: 655-657).

14. Recuérdese que Galdós da cuenta de la ferocidad de las prácticas guerreras llevadas a cabo en tierras valencianas por los carlistas. Muy significativa a este respecto es la descripción de los fusilamientos de isabelinos, contemplados por el anciano don Beltrán de Urdaneta en *El tigre del Maestrazgo*. La violencia, el dolor, la sangre de los isabelinos se mezclan con las muestras de alegría que experimentan los carlistas al ser ajusticiados sus enemigos: «Soldados de Serrador y de Tafalla cogían entre dos los muertos por pies y cabeza, y los iban arrojando a un lado, formando montón. Las gentes del pueblo, que al principio de la matanza se aproximaron con instintiva curiosidad y querencia insana del terror, huían ya despavoridas. La musiquilla seguía lanzando su chillar bufonesco en medio de la melopea espantosa de tal tragedia, declamada por los fusiles de una parte, de otra por los ayes lastimeros o los arrogantes apóstrofes de las víctimas. Si pavoroso era el estruendo de las descargas, no lo era menos el graznido lúgubre de la banda o murga, y el coro desenfrenado y soez de los que comían, bebían y pateaban el propio Calvario» (1970: 847-848).

carlistas defienden desde el punto de vista de Larra y Galdós una ideología indefendible, tampoco los liberales están exentos de culpa, ya que con sus luchas intestinas propiciarán el clima de horror y confrontación que caracteriza a buena parte de la historia de España en el siglo XIX. Galdós no añade esencialmente notas nuevas a ese respecto en la tercera serie, más bien ratifica y corrobora lo denunciado en los dos últimos episodios de la segunda, tal como se evidencia en los dos pequeños fragmentos con los que concluimos este trabajo. Recordemos, por ejemplo, que en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, Salvador Monsalud, tras el fallecimiento de su hermano, huye de Elizondo embargado de miedo y repugnancia hacia todas aquellas locuras que había visto, donde Zumalacárregui había «sacrificado su genio y su dignidad militar al ambicioso príncipe sin más talento que su fatuidad ni más idea que su ambición; un país que abandona en masa hogares, trabajo, campo y familia por conquistar una soberanía que no es la suya y una corona que no ha de aumentar sus derechos»¹⁵ (2011: 1049). José Fago, el enajenado carlista identificado con Zumalacárregui en el episodio de título homónimo, sostiene una charla con este la noche antes de su ejecución, en la que también se planteará la legitimidad de la lucha armada en aras de los intereses de los monarcas y políticos:

—La guerra digo yo, mi General, deben hacerla en primera línea aquellos a quienes directamente interesa... Verdad es que si la tuvieran que hacerla ellos, quizás no habría guerras, y los pueblos no se enterarían de que existen estas o las otras *causas* por las cuales es preciso morir.

Al oír esto, Zumalacárregui permaneció un instante silencioso mirando el techo.

—Pienso yo, mi General, que nos afanamos más de la cuenta por las que llaman *causas*, y que entre estas, aun las que parecen más contradictorias, no hay diferencias tan grandes como grandes son y profundos los ríos de sangre que las separan... (1970: 426)¹⁶

Finalmente, solo señalar que, evidentemente, Larra y Galdós coinciden en su rechazo a lo que supone para España la presencia del carlismo, con su carga de rancio absolutismo y fanatismo religioso. Larra lo combatirá con su humor corrosivo y su sátira cruel en sus crónicas, con sus artículos periodísticos en los mo-

15. Reproduzco por su importancia el fragmento completo de las reflexiones de Salvador Monsalud sobre la terrible lucha civil: «[...] ríos de sangre derramados diariamente entre hombres de una misma nación; clérigos que esgrimen espadas, moribundos que se confiesan con capitanes, villas pobladas por mujeres y chiquillos; cerros erizados de frailes y poblados de hombres lobos, que deliran con la matanza y el pillaje, son incongruencias que repetidas y condensadas en su solo día y lugar pueden hacer perder el juicio a la mejor templeada cabeza y hacer dudar de que habitamos un país cristiano y de que el rey de la civilización es el hombre. Así lo pensaba Salvador, huyendo de Elizondo y de Navarra» (2011: 1049).

16. Fragmento en el que Avalor-Arce ha señalado la regeneración espiritual del general carlista, ya que la muerte «del caudillo es de acabada ejemplaridad cristiana, al punto que parece como si Galdós tratase de llevar a cabo una suerte de canonización laica del héroe carlista» (1970: 369).

mentos iniciales de la primera insurrección carlista. Galdós, décadas más tarde, reflexionará sobre los mismos acontecimientos, anhelando ambos escritores que el sagrado principio de la libertad arraigue definitivamente en España.

Bibliografía

- ARENCIBIA, Yolanda (1990), «Introducción», *Zumalacárregui*, Biblioteca Galdosiana, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria.
- ARMIÑO, Mauro (1973), «Larra y la facción», en *Qué ha dicho verdaderamente Figaro*, Madrid, Doncel, pp. 130-139.
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista (1970-1971), «Zumalacárregui», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 250-252 (octubre-enero), pp. 356-373.
- AYALA, M.^a. de los Ángeles (2009), «Larra y el carlismo: folletos políticos», *Cuadernos del Lazarillo*, n.º 36, pp. 31-36.
- BENÍTEZ, Rubén (1989), «Larra en Galdós», *La Torre*, n.º 10, pp. 171-184.
- CARDONA, Rodolfo (1998), *Galdós ante la literatura y la historia*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria.
- COSANO LAGUNA, Sara (2011), «La atracción del abismo en Galdós: el suicidio en *La estafeta romántica*», *Castilla. Estudios de Literatura*, n.º 2, pp. 517-545.
- FANCONI, Paloma (2009), «La visión del carlismo en Larra y Galdós», *IX Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 627-633.
- GARCÍA PINACHO, Pilar (2000), «Larra: pasión juvenil de Galdós», en *Homenaje a Alfonso Armas, II*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 355-385.
- GIMENO CASALDUERO, Joaquín (1982), «Galdós y la Reparación de Personajes: Las Porrreño, Garrote y Coletilla», en *Studies in Honor of José Rubia Barcia*, Roberta Johnson y Paul C. Smith (eds.), Lincoln, Nebraska, Society of Spanish-American Studies, pp. 59.
- GÓMEZ BAQUERO, Eduardo (1898), «Crónica literaria: Zumalacárregui», *La España Moderna*, n.º 115, pp. 177-181.
- KISNER, Robert (1951), «Galdós and Larra», *The Modern Language Journal*, vol. xxxv, 3 (marzo).
- LARRA, Mariano José de (1960), *Obras de D. Mariano José de Larra (Figaro)*, Carlos Seco Serrano (ed.), Madrid, BAE, Atlas, 4 vols.
- LESLIE, John Kenenth (1953), «Figaro in Lisboa, an Unpublished Article by Mariano José de Larra», *Modern Language Notes*, LXVIII, n.º 2, pp. 80-100.
- LORENZO-RIVERO, Luis (1977), «Humorismo» y «Lenguaje figurado», en *Larra: lengua y estilo*, Madrid, Playor, pp. 145-163 y 165-195, respectivamente.
- (1984), «Afinidades de Galdós con Larra. Género literario y temática», *Studia Neophilologica*, n.º 56, pp. 85-97.
- MAZADE, Charles de (1979), «Larra, un humorista español», en *Mariano José de Larra*, Rubén Benítez (ed.), Madrid, Taurus, Col. «El escritor y la crítica», pp. 239-263.
- NAVARRO DOMÍNGUEZ, Eloy (2006), «La detonación y sus ecos: algunas interpretaciones

- políticas del suicidio de Larra en la literatura española de los siglos XIX y XX», en *Estudios sobre literatura y suicidio*, Pablo Zambrano Carballo (coord.), Sevilla, Alfar, pp. 123-171.
- PALOMO, María del Pilar (2005), «Larra, Galdós y el periodismo romántico», *Isidora. Revista de estudios galdosianos*, n.º 6, pp. 5-23.
- PENAS VARELA, Ermitas (ed.) (2011), *Benito Pérez Galdós. Episodios nacionales. Segunda serie*, Madrid, Biblioteca Castro, 2 vols.
- (2013), *La tercera serie de los Episodios nacionales de Benito Pérez Galdós: Quijotismo y Romanticismo*, Vigo, Academia del Hispanismo.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2011), *Episodios nacionales. Segunda serie*, Madrid, Biblioteca Castro, 2 vols.
- SAVAL, José V. (2008), «Larra y el carlismo»: Rechazo de un liberal a las clases populares campesinas», *Neophilologus*, n.º 92, pp. 429-442.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos (ed.) (1970), *Benito Pérez Galdós. Obras completas. Episodios nacionales II*, Madrid, Aguilar.
- SERRANO ASENJO, Enrique (2013), «Formas y temas en la trayectoria literaria del héroe: el caso de Tomás Zumalacárregui», *Revista Signa*, n.º 22, pp. 647-874.
- TORRES NEBRERA, Gregorio (2009), «Los carlistas pintados por *Fígaro* (o Larra y la Guerra Civil)», *Cuadernos del Lazarillo*, n.º 36, pp. 23-30.
- TRONCOSO, Dolores, Salvador GARCÍA CASTAÑEDA, Carmen LUNA (2012), *La historia de España en Galdós. Análisis y proceso de elaboración de los Episodios nacionales*, Vigo, Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.
- VARELA, José Luis (1979), «Sobre el estilo de Larra», en *Mariano José de Larra*, Rubén Benítez (ed.), Madrid, Taurus, Col. «El escritor y la crítica», pp. 277-295.
- (1983), *Larra y España*, Madrid, Espasa Calpe.